

Paradojas de nuestra cultura política

GILBERTO GUEVARA NIEBLA

La Encuesta Nacional de Cultura y Prácticas Políticas (encup) que llevó a cabo la Secretaría de Gobernación en sociedad con el ife representa, a mi juicio, un esfuerzo notable y meritorio que nos permite conocer algunos componentes fundamentales de nuestra cultura política. Es un trabajo excelente que aunque cuenta con antecedentes se distingue por su amplitud y su claridad de propósitos.

La primera relación perceptible en los datos que aporta la encuesta es la más elemental. Decimos tener una democracia porque se dio la alternancia en el Ejecutivo; pero lo decimos de manera general porque después de muchas batallas logramos crear un mecanismo eficaz para hacer realidad el sufragio efectivo lo cual supone, además, un sistema competitivo de partidos políticos. Pero ocurren varias cosas si no contradictorias, por lo menos paradójicas. Nos dice la encup que la gente vota en altos porcentajes. Los más pobres, por ejemplo, los que ganan entre 1 y 390 pesos, dicen haber votado en la última elección presidencial en un 73%. Un porcentaje alto. Al mismo tiempo, casi 94% de la población en edad está registrada en el padrón electoral del ife (aunque sabemos que ya la credencial del ife se ha convertido en carta universal de identidad). Pero estos porcentajes de votación y de registro de votantes son en estricto sentido muy altos. La paradoja lamentable, es que estos altos niveles de votación y registro no corresponden con un alto nivel de información y capacidad de juicio político. Así, podemos concluir que nuestra democracia es incompleta porque el ciudadano mexicano todavía carece de ilustración política deseable. Se le dio el voto, pero no el saber político. Nadie se lo ha transmitido. La historia del Antiguo Régimen fue una historia de elites que monopolizaron el conocimiento político haciéndolo inaccesible a las masas. Relacionado con este orden político México tuvo una escuela elemental donde el civismo fue una materia aislada, sin vida, aburrida, que se reducía a promover la identidad nacional a través del culto a los símbolos y de las ceremonias y rituales, pero no era –como una democracia lo exige– un vehículo para educar al ciudadano, para hacerle conocer a fondo el sistema político de su país, para darle herramientas políticas, para estimularlo a la crítica racional, para animarlo a participar, sin olvidar la enseñanza efectiva del respeto a las leyes y el cumplimiento de sus obligaciones. La Revolución mexicana tuvo el gran acierto de subrayar el valor de la justicia, pero, lamentablemente, hizo esto sacrificando el valor de la libertad (como le ha ocurrido a otras revoluciones, como la cubana). El resultado es que las instituciones (principalmente la escuela) se olvidaron de construir una pedagogía que otorgara centralidad a la formación autónoma de la persona. En cambio, hubo pedagogías, como la socialista, que subrayaron la importancia de la colectividad, de las prácticas cooperativas. Lo que faltó, aunque en algunos discursos oficiales sí se le mencionara como objetivo, fue la formación de ciudadanos en tanto personas entrenadas para ejercer el gobierno de una sociedad. La democracia sólo es completa cuando el gobierno se ejerce desde su base misma y ese ideal sólo será realizable –evidentemente– cuando la sociedad comparte una cultura política democrática –cultura que hoy sigue siendo privilegio de minorías.

Estado sin ciudadanos

En sus obras ya clásicas, Arnaldo Córdova habla del éxito que el Estado revolucionario tuvo durante la primera mitad del siglo xx en construir una política de masas. Plutarco Elías Calles sentó las bases (1929) del nuevo Estado. Lázaro Cárdenas se preocupó por promover vigorosamente la organización de los trabajadores y este proceso derivó a la postre en la afirmación de un Estado que basaba su actividad en un partido oficial (que era, en realidad, una mediación entre el Estado y la sociedad). El partido era una organización omnicomprendiva y sus verdaderas correas de transmisión con la base de la sociedad fueron sus sectores y organizaciones. El partido oficial nunca fue un partido de ciudadanos, sino de organizaciones corporativas; que estaban de suyo incomunicadas, que pregonaban una ideología sectaria con la que se defendía con vigor el interés particular –incluso a veces colocándolo sobre el interés general de los trabajadores y el interés más amplio de la sociedad. Con fines de control, Cárdenas inventó el mecanismo de repartir las posiciones legislativas y otros puestos entre los grupos dirigentes de las organizaciones y sectores, de tal forma que la política en México pronto se convirtió en un asunto cerrado, restringido a esos grupos dirigentes y de donde estaban excluidos por definición los ciudadanos, en tanto tales. Los ciudadanos no tenían existencia civil, política, real; el pueblo sólo tenía reconocimiento en tanto masa bajo control, en tanto colectividad legitimadora del poder, en tanto materia política secundaria, elemento que servía para llenar estadios y plazas y mostrar periódicamente la fuerza de convocatoria del sistema que estaba coronado en su cúspide, desde luego, por el presidente. Tal era el régimen de la Revolución mexicana. Es obvio que después de siete décadas de dominación burocrática y autoritaria, no puede aparecer ante nosotros, de pronto, como una creación ex nihilo una ciudadanía ilustrada y crítica. ¿De dónde podía salir esa ciudadanía? ¿De qué pasado democrático? ¿De qué laboratorio mexicano de libertad y crítica? El saldo del antiguo régimen en materia de cultura política está a la vista: 70% de los mexicanos aproximadamente dice que no habla de política; 55% confiesa que la política es muy complicada; 70% ignora que el Congreso es quien reforma la Constitución; 78.3% dice que no leyó ni un solo día noticias políticas en los periódicos; 95% dice conocer poco o nada los derechos establecidos en la Constitución, etcétera.

Clientelismo y paternalismo

La historia política de México en la segunda mitad del siglo xx se explica a través de la noción de burocracia. La política revolucionaria perdió progresivamente los vínculos dinámicos con las masas que había tenido durante 1920 y 1940 y la actividad política se burocratizó. Las relaciones Estado-sociedad se estereotiparon en un sistema de decisiones unilateral y vertical. A esa política debemos el triunfo de la corrupción que, en efecto, se convirtió en cultura, es decir, en un problema no exclusivo de los políticos o de los ricos, sino en un problema de todos, incluido el ciudadano, como lo dice casi 70% de quienes contestaron el reactivo 35 de la encup. Pero formas de relación política características del sistema corporativo y burocrático son el clientelismo y el paternalismo, formas que en vez de perder significado con las "modernizaciones" (pienso en la televisión y las nuevas formas de consumo) se han ampliado y diversificado adquiriendo modalidades a veces sorprendentes, como las asociadas a la telepolítica y al neopopulismo de la imagen televisada.

Estado de derecho

De este viejo sistema heredamos un bajo índice de respeto a la ley. En un orden político sustentado no en la conciencia moral activa del ciudadano, sino en el principio de autoridad, las leyes pierden su eficacia. No rigen la vida, son formas simbólicas vacías de significado, son velos que disfrazan la realidad. Cuando el triunfo político se obtiene, no en la lid pública de ganar el voto, sino por un camino burocrático que obliga a la humillación y al servilismo ante el "jefe" o el "superior", las reglas pierden todo significado y son sustituidas por el pragmatismo de las habilidades cortesanas donde el éxito se reserva al más hábil, al más astuto o al más corrupto y no —como pudiera esperarse— al más patriota, al más honesto o al más preocupado por el bien comunitario. En un sistema burocrático que asume la corrupción como un dato más, que contemporiza con ella y renuncia a perseguirla, es imposible esperar que exista mayoría respetuosa de las normas. Hay quien lo hace desde luego. Pero muchos mexicanos piensan (58%), como lo ilustra la pregunta 67, que la ley puede ser no obedecida si (se considera) que es injusta. Y también heredamos la desconfianza en la política, la desconfianza en el gobierno y en casi toda entidad pública de carácter político como lo revela la encuesta en sus preguntas 29, 31, 32 y 33. Sorprende descubrir (me baso en la gráfica que ofrece Este País, núm. 137), que la policía goza de más confianza que los partidos políticos (por cierto, extrañé en esta gráfica la ausencia del ejército) y que la confianza en la iglesia, los maestros, los hospitales, la cndh y el ife significa que la confianza se deposita en elementos neutrales, si se quiere, no políticos, elementos en el extremo opuesto de la política.

Desconfianza en toda representación

Otra paradoja ostensible: la gente vota, elige, participa en política eligiendo a sus representantes, pero confiesa en la encuesta tener una actitud insumisa y rebelde ante toda representación política. El reactivo 48 lo muestra con claridad y asimismo revela la fe del ciudadano en la democracia directa. La fe en la democracia está lejos ser universal. Incluso hay visiones contrastadas pues mientras un 62% dice preferir la democracia a cualquier otro sistema político, otro 38% manifiesta no tener convicciones democráticas, que "le da igual" que haya, o no, democracia (27%) o incluso que aprobaría un régimen autoritario (9%). Además, los mexicanos no están convencidos en su totalidad de que viven bajo un régimen democrático. Un alto porcentaje (37.5%) piensa que México no es una democracia. Los mexicanos además poseen una visión poco optimista de la economía nacional y de su futuro, visión que se revela cuando examinamos las respuestas a los reactivos 39, 41 y 42. En éstos, 82% de la población opina que la economía actual es regular o mala; 2% que ha empeorado en el último año, 30% que dentro de un año estará igual y 38% que estará peor.

Algunas respuestas (preguntas 23 y 38), parecen sugerir una mezcla indefinida de dos visiones: a) la del ciudadano dependiente que se ve abandonado del Estado y los políticos que deberían ayudarlo y protegerlo y, por otro lado, b) una visión tipo estadounidense de selfmade man que desestima al Estado como factor para su éxito. Tú sales adelante, pero no por que el gobierno te ayuda sino por tu esfuerzo propio. Una ilustración de esta visión la tenemos en la pregunta 23: "¿La política ha ayudado a mejorar las condiciones de vida de usted y su familia?" Un contundente 84.80% contesta no. En la 38 se cuestiona: "¿Qué ha ayudado más a disminuir las diferencias ¿el gobierno o las personas?" Y de nuevo, un concluyente 64.5% contesta que las personas.

Individualismo

Desde luego, la prevalencia del individualismo en México es indiscutible. Lo vemos todos los días, pero esta encuesta brinda evidencia rigurosa del fenómeno: cuando en la pregunta 70 se inquiriere por la disposición de las personas para ayudar a otras, honestamente 77.01 de los entrevistados confiesa que las personas casi siempre sólo se preocupan de sí mismas. Esto confirma una pérdida del sentido de solidaridad en México. No nos interesa mucho la vida pública, nos satisface gozar en exclusiva las nuevas delicias de la vida privada (televisión, videocasetera, computadora, internet, videojuegos, etc.) y en esta forma de vivir olvidamos la existencia y las carencias de los otros. La solidaridad se pierde cada vez más. Se ha perdido en México la noción y la responsabilidad ante el bien común, el bien de todos, el bien de la patria. Todo lo llena la satisfacción del individuo y, a veces, de su familia. No hay vida comunitaria rica. Se ha perdido. Numerosos reactivos (86, 93, 96, 97, 100, 103, 104, 112) ilustran este fenómeno en abundancia. La gente no se conoce entre sí. Los espacios comunitarios han colapsado, están vacíos o no existen. Vivimos encerrados en nuestros propios egos. No vemos a los otros, no los reconocemos como compañeros de viaje, como compatriotas, como compañeros de destino. No hay confianza mutua. Hay desconfianza (desde luego, qué decir en una urbe como la ciudad de México). Aunque se registra un cierto grado de voluntad (reactivos 90, 94, 109) por participar y hacer cosas positivas por el bien de la comunidad. Estamos sitiados en nuestras respectivas epidermis (parodiando al poeta Gorostiza) y en nuestras casas que deseamos sean auténticas fortalezas —con foso incluido— para que nadie entre en ellas. Pero esto ocurre, no porque queramos defender riquezas inexistentes, sino porque simplemente queremos sobrevivir.

Límites estructurales

Pero la gran paradoja es que nos proponemos construir una democracia en una país asolado por la pobreza. Hay que ver el censo de pobreza que acaba de terminar Sedesol según el cual tenemos, no 40 como se decía en el sexenio pasado, sino 53.7 millones de personas que viven en la pobreza (La Jornada, 14 de agosto). Incluso, el experto Julio Boltvinik dice que esta última cifra se queda corta. El pueblo que sufre la pobreza naturalmente se muestra incrédulo con la democracia: ¿por qué creer en un sistema político que no ofrece de inmediato un cambio en su condición de parias? Éste es el terreno donde encuentra base social la crítica política radical, de corte marxista, que niega la democracia presentándola como mero "disfraz" del orden económico desigual y propone, en cambio, alternativas revolucionarias. Por ello, la pobreza constituye a mi juicio la principal fuente de ingobernabilidad y de resistencia al avance democrático. De donde se deduce que, al menos en nuestro caso, la lucha por la democracia debe ir acompañada con la lucha por la justicia social. Los pobres no son, no pueden ser, optimistas, por eso en el reactivo una mayoría dice que las diferencias sociales no han disminuido o han aumentado. Este es el desafío estructural más serio con el que debe contender nuestra democracia: ¿qué hacer ante este panorama abrumador? Creo que esta encuesta revela que la situación de México es extrema y crítica.

Violencia como recurso político

La paradoja políticamente más notable la encuentro en el hecho de que nuestra población rechaza la violencia (reactivo 98) como medio propio de lucha, pero la acepta cuando la utilizan otros: por ejemplo, un 47.97%, que es alto, aprueba el bloqueo de carreteras como forma de protesta. La ciudadanía muestra extrema sensibilidad a todo acto de violencia

oficial (herencia, sin duda, del pasado represivo) pero tampoco acepta (65%, reactivo 63) que la ley se aplique con rigor cuando de lo que se trata es de transgresiones cometidas por grupos o colectividades, aunque esa violación atropelle los derechos de otros mexicanos –y aun cuando el atropello se prolongue por mucho tiempo. Esta gran sensibilidad es paralizante para cualquier gobierno y nos lleva a pensar que el peligro de que levantamientos como los del cgh, el de Chiapas o el de San Salvador Atenco se multipliquen en el futuro próximo es real y debe considerarse con seriedad.

Victimización

Un sentido de victimización recorre la sociedad mexicana que se siente humillada, pobre, aplastada y sin derechos a causa del gobierno (y sólo secundariamente, a causa de los ricos). "Victimización" es la palabra que uso para describirlo, porque es más difícil decir en un tono "científico académico" resentimiento, frustración, coraje contenido. Los ciudadanos mexicanos desconfían incluso de la democracia. No saben lo que es y no tienen motivo tangible alguno para pensar que ella ha de traer algo mejor de lo que se tiene. Hay un grave problema, no con los conocimientos, que como también vimos son un problema, sino con los sentimientos, la potencialidad de indignación y explosividad de nuestro pueblo. Un pueblo que no ha conocido nunca una vida digna